

51

a 11 de enero de 1956.

Señora Profesora
María Teresa Lemus.
Antzihuácuaro, Mich.

L
Maestra:

Eso de los "años nuevos" es algo puramente convencional, pero por serlo, las fechas se convierten en datos culturales - que, creados por el hombre, influyen en su mente imponiéndosele con una fuerza tal que parece que no fueron creados por él. Usted sabe que los nuevos o viejos somos nosotros, pero de todos modos llamar nuevo al tiempo es una forma de la esperanza, muchas veces engendradora de propósitos. Yo tengo ahí el de dejarle llevar por la costumbre, y desearle un magnífico 1956.

Mis relaciones con usted, maestra de las "matinales ansias y los matinales vuelos", según las hermosas ~~palabras~~ de mí ido amigo el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, siempre han latido en mi sangre como un deseo, porque siempre he sentido no el peso, sino el placer de mi deuda espiritual con usted que como hábil maestra pastoreó mis posibilidades intelectuales cuando tenían 12 años de vida. Es cierto que no fui el escolapio que debí haber sido. Circunstancias hogareñas influyeron incomprensivamente en mi conducta, según lo denuncio en algún ensayito novelístico autobiográfico, pero eso usted no podía saberlo, ya que sólo se mostraba a sus ojos un niño -- huraño, misántropo, egoísta, malcriado, inarmónico, introvertido, raro y antipático, para ahorrar adjetivos. Si usted hubiera sabido -- por qué era así, guardando con apariencia molesta para los demás, -- pero sobre todo para mí mismo, todo el impetuoso caudal de afectividad que poseía! Ni que sí lo presintió con intuición materna y por eso me distinguió y me atrevería a afirmar que me quiso un poco. Ella supo que lo verdadero en mí era el orgullo y que por él ocultaba mis orfandades espirituales hogareñas con las apariencias repulsivas que fueron barrera para la simpatía de usted. Y quiero ejemplificarlo: si usted sugería la compra de un libro o de una hoja de papel, mi casa no respondía para solucionar mi problema, y con una cruda burla a las disposiciones suyas que yo alegaba, envolviendo tal vez en ironía la colérica impotencia económica o la irresponsabilidad, se me colocaba en exhibición bochornosa ante mi maestra y mis compañeros, porque a mi orgullo se hizo siempre imposible confesar miserias. Entonces mi decisión era mostrarme ante los condiscípulos y ante la maestra que acentuaba mi pena por ser mujer y bonita, sustituyendo las razones verdaderas ~~página~~ no aportar los útiles pedidos, con una arisca discolería. ¿Habré logrado explicarle mi tremendo complejo de infancia? Como usted sabe, yo no hice más estudios primarios, sistematizados, que los que hice con usted durante 1922, y ese año para mí fue un año de angustia, porque tuve que actuar -- quebrantando mi ser auténtico para no dar a saber mi conflicto que polarizaban mi escuela y mi hogar. Ya sabe ahora, porq qué fui un mal escolapio para usted, que no vió sino una sombra de mí mismo.

También sabe ahora por qué Wique y yo nos acercamos más que lo que de proximidad tuvimos usted y yo. Pero yo siempre supe de su antipatía para mí, aunque también comprendí que no era deseada, sino que mi conducta se la imponía. De todos modos en mi arte estaba seguir la corriente y guardar el secreto, y esas represiones que se vuelven hábito, pero que crean complejo, difícilmente se rompen. Ya en días posteriores, cuando mi personalidad era fuerte y podía girar sobre ella, se interpuso el hábito, recuerde que usted me negó un retrato suyo que en cambio dedicó a varios de mis compañeros, y más tarde el ambiente político de nuestra región impidió contactos y relaciones con usted que siempre fueron de mi agrado. Por su parte, o vió en mí las aparariencias que dejó descritas, o en superposición psicológica de personalidades vió en mí la de mis familiares que, intuitivamente juzgaba hostiles, y esto último, lo de la hostilidad, por alguna razón era cierto.

Sé que Wique ha muerto. Lo que más lamento es no haberle hecho sentir que el niño horaño no lo era en verdad, y que ella tenía razón para quererme y ampararme--esto de ampararme no es una frase, sino una dolorosa verdad, --solucionando mis problemas infantiles, verdaderamente críticos, cuyo trato inadecuado pudo destruirme para siempre. Vea usted si debía o no a Wique la devoción que siempre le tuve.; Qué gratitud es necesaria para la mujer que nos adivina desgarados perforando con la penetración de su bondad nuestra realidad superficial que simula la arrogancia, como imitación de los agresivos con el sólo propósito de buscarnos protección para poder sobre vivir.

Sus experiencias magisteriales la han madurado para comprender esta carta inesperada en su fecha y en su contenido. Me hace bien,-- porque representa catarsis, o sea lo que los griegos concebían como descarga espiritual, como --literalmente traducido-- purga que limpia al hombre de los malos que lleva dentro; afloración del complejo que dicen los psicólogos modernos. Pero además es justa esta carta, porque deja a cada quien en su sitio, demostrando que obré bajo presión cuando fui un niño poco grato y de ninguna manera porque no entendiera o no valorara su trabajo docente. Alguna vez me pregunté con ingenuidad que me conmueve aún: ¿Para qué estudio yo en Morelia, si no he de poder ser de nuevo alumno de mi escuela? A demás, esta carta pretende ser un homenaje a Wique, aunque tardío, en cierto modo, y lo digo así, porque nadie que se haya dado a los demás como ella se dió a mí, puede morir mientras viva el destinatario del don, en este caso mientras viva yo y lo que haya logrado crear, como enseñaba Platón, en el orden de los cuerpos y en el orden del espíritu.

Perdóname lo largo de estas líneas, pero son una confesión. De aquí en adelante procuraré estar cerca de usted. Y si mi amigo don Silvestre Guerrero llega al Gobierno del Estado, la certeza podrá ser físicamente. Buena suerte para usted y los tuyos le deseo con un fuerte abrazo

Manuel López Pérez.